

Ocio útil

José Tomás Martín

“ No me importa pues que me tachen de ocioso, pero no porque practique la ociosidad, si no porque disfruto de mi tiempo libre. ”

Nunca he entendido el desprecio que manifestamos al ocio y a sus practicantes, como si toda la vida tuviera que ser productiva, desdeñando lo necesario que resulta utilizar el tiempo libre en actividades gratificantes para el espíritu y contra el estrés que supone la actividad laboral desmedida.

Cuanto más penoso sea el discurrir laboral, más satisfactoria puede resultar la actividad de tiempo libre, siempre que lo ocupes con aficiones referidas a cualquier actividad artística que minimice el efecto perverso del trabajo excesivo, a la par que perfecciona la educación mental.

En mi opinión, participar en quehaceres individuales o colectivos ligados con el arte es una recompensa necesaria para el buen funcionamiento de nuestro equilibrio emocional.

Defiendo el ocio. Creo en él,

en el beneficio de su uso, en la necesidad de su disfrute y en la bondad de su práctica.

Defiendo el ocio porque he sido un practicante recalcitrante durante la mayor parte de mi vida. No me importa pues que me tachen de ocioso, pero no porque practique la ociosidad, si no porque disfruto de mi tiempo libre, sea escaso o abundante.

Durante el bachillerato, ocupé mi tiempo libre en realizar actividades deportivas y culturales de manera habitual, sin tener nunca mala conciencia por practicarlas.

En la época universitaria continué con los mismos modos, aunque me vi obligado a prescindir del ejercicio al añadir una actividad laboral nocturna, precisa para poder seguir pagándome los estudios. Ninguno de esos obstáculos limitó mi afición por el quehacer cultural y, con mucho sacrificio y más pena que



Fotografía de Simeón Ullod.

gloria, mantuvimos vivo un grupo de teatro durante tres años.

Una vez comenzada mi actividad laboral en la Administración, retomé el ejercicio físico para acompañar al cultural. Mi vida estaba bastante completa con estas labores y nunca me planteé el abandono de alguna de ellas, por complicada que resultase su práctica.

Al tomar puestos de trabajo de responsabilidad cada vez más severa, me reafirmé en los beneficios que me ofrecían esas desconexiones culturales y su labor de reciclaje y preparación para la siguiente preocupación laboral.

Todo esto resulta perfecto cuando se realiza exclusivamente como ocio, porque, una vez alcanzada cierta notoriedad en el quehacer cultural, los reconocimientos y aplausos

acaban de un plumazo con toda la carga altruista de esa dedicación y te vas volviendo más exigente, más intransigente y menos motivado, perdiendo toda la magia del disfrute por lo bien hecho. El colofón lo pone el percibir remuneración por tu pasión artística. Incomprensiblemente pierdes ese hacer de calidad que te da el amateurismo, para comenzar una carrera de decepciones constantes hacia la perfección.

Cuando me vi abocado a abandonar la actividad cultural, mi mente comenzó a protestar manifiestamente, por lo que nunca llegué a dejarlo totalmente, ya que esta es una afición que crea dependencia. Lo puedo asegurar. Continué con el hacer cultural de forma moderada. Y en esas sigo. No me aprietes demasiado que ya estoy mayor, pero no me lo quites porque no sé si sabré resistirlo.